

Yucatecos en Cuba. Etnografía de una migración*

La etnografía entendida como “ciencia de los pueblos y las naciones”, como “una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros” (considerados como “actores”, “agentes” o “sujetos sociales”), no se limita a la descripción, sino que busca de manera sistemizada y documentada la interpretación de esos fenómenos sociales.

En el libro que nos ocupa, su autora estudia, centralmente, la migración de yucatecos a Cuba, como fenómeno social que tiene sus complejas implicaciones y está vinculada a la historia de las relaciones entre dos pueblos que se han considerado hermanos en el más profundo de los sentidos. Y se trata, por supuesto, de una etnografía en lo más propio de lo que ella significa, es decir, de análisis y descripción de las costumbres, valores, concepciones y todo lo relacionado con la vida y la cultura de la población involucrada en estas migraciones.

La investigación tiene como base una treintena de entrevistas realizadas tanto en Cuba como en Yucatán a per-

sonas que vivieron como inmigrantes en la mayor de las Antillas. Sobre estas personas nos dice la autora: “supe su llegada a la isla, sus familias, su trabajo, sus impresiones de la nueva tierra, sus actividades y sus extrañamientos”.

Pero, el trabajo no se reduce a esto. La totalidad del mismo abarca un proceso de migración de yucatecos y otros mexicanos a Cuba que ha tenido casi cinco siglos de duración; destacando, sobre un fondo contextual rico en información de otras migraciones a Cuba, los datos sobre la migración de cubanos a México, influencias mutuas en lo político, en lo artístico y cultural (cine, música, teatro, baile, deportes, comida y otras actividades). Al final se agregan, en los apéndices, vocabularios de términos mexicanos utilizados en Cuba y caribeños utilizados en México, además de valiosísimos datos cuantitativos en cuadros y gráficas.

No se trata de un reporte frío, de carácter puramente formal. La narración está impregnada de añoranzas y recuerdos, de historias tristes unas y otras divertidas, pero todas interesantes, y, por otra parte, los textos se acompañan con algunas imágenes que muestran lugares, rostros, edificios, copias de correspondencia, grupos de personas

* Victoria Novelo, *Yucatecos en Cuba. Etnografía de una migración*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2009, 242 pp.

con singulares vestuarios y todo aquello que nos traslada a los momentos vivos de lo que la autora nos narra.

Los documentos estudiados llegan a revelar aspectos poco conocidos y sorprendentes, como aquél en el que se muestra cómo, a pesar de las prohibiciones del presidente Benito Juárez, la compraventa de mayas yucatecos se mantuvo por más de veinte años, o aquéllos que demuestran que desde la Conquista hay mayas en Cuba, o la información colonial que nos permite inferir que había una variopinta población que había partido del puerto de Campeche, entonces principal puerto peninsular de salida de las naves, hacia Cuba y España; una población, por cierto, que vivía en un barrio conocido precisamente con el nombre de Campeche.

La época colonial muestra su marca opresiva con el envío por la fuerza, desde la Nueva España hacia la Cuba de esos tiempos, de maya-yucatecos para servir como trabajadores domésticos y de la construcción; por otra parte, y durante la segunda mitad del siglo XIX, sobresale la venta como esclavos de gran cantidad de mayas o deportados después de haber sido hechos prisioneros durante la guerra de castas en Yucatán.

De esta manera, al revisar la historia desde sus inicios, se va delineando una costumbre vieja y constante, libre o forzada de los yucatecos y otros mexicanos de desplazarse a vivir a la

isla de Cuba, hasta configurar un escenario en el que se va ampliando esta migración durante el desarrollo del capitalismo en las sociedades poscoloniales. De este modo, hay evidencias materiales y culturales de la presencia de yucatecos y mexicanos en Cuba a partir del siglo XVI, por lo que la autora se pregunta, con mucha razón, si no es plausible que hayan existido relaciones previas a la llegada de los españoles, toda vez que Colón ya mencionaba, a decir de Bartolomé de las Casas, la presencia en las costas cercanas a Jamaica de una enorme canoa cuya descripción pareciera indicar que era tripulada por mayas. Victoria Novelo se contesta que la posibilidad existe si tomamos en cuenta que la navegación entre la península de Yucatán y la isla de Cuba era factible.

Además de un resumen muy puntual de las migraciones que históricamente ha recibido Cuba de diversas partes del mundo, también se nos narra, en otro apartado, aquel movimiento de reciprocidad que durante una época se produjo en cuanto a la presencia de cubanos en México y Yucatán.

Llama la atención lo extenso de la bibliografía que la autora maneja para darle solidez y rigor a su estudio. En el libro es digna de destacarse la revisión de una enorme cantidad de textos escritos por diferentes tipos de autores, entre los que encontramos cronistas de Indias como Fernández de Oviedo, Hernando Co-

lón o Bartolomé de las Casas; cubanos que ya son clásicos como Fernando Ortiz, Moreno Fragnals, James Figarola, Juan Marinello, Julio Le Riverand o Rivero de la Calle, y otros caribeños como Gerard Pierre-Charles, Pablo Maríñez, Sydney W. Mintz, Charles W. Carnegie; un italiano de principios del siglo XX como Adolfo Dollero; autores más contemporáneos como Aída García Alonso, González Navarro, Alejandra García Quintanilla, Ricardo Pérez Monfort, Nelson Reed, John Stephens, y entre los cuales se encuentran muchos otros especialistas en Yucatán, como es el caso —quizá el más representativo— de la antropóloga cubana Calixta Guiteras, cuyos trabajos son fuente de información, siendo ella misma objeto de estudio, porque hizo carrera en México como especialista en la cultura maya y regresó a su país. Así, en el libro se recogen trabajos lo mismo de historiadores periodistas, antropólogos y sociólogos que de miembros de otras disciplinas e incluso de otros oficios o profesiones.

Al referirse a los yucatecos y mexicanos en Cuba durante el siglo XX, es de notar que a diferencia de los textos que comúnmente se han escrito sobre las relaciones entre México y Cuba, no sólo se ponen de relieve los nombres de los personajes cubanos y mexicanos que han encontrado refugio temporal o permanente en el otro país —casi siempre los próceres

de los movimientos sociales o gente de fama en el medio artístico o cultural—, sino que se habla también de la gente común, con una mirada desde abajo, desde los trabajadores, gente sencilla o personajes anónimos que, sin embargo, siempre tienen algo que contar desde una perspectiva más cotidiana y, por ello, con una sensibilidad aguda y con preocupaciones en cierto sentido más humanas por su sinceridad y por la manifestación más abierta de sus emociones y sentimientos más íntimos y personales. Todo ello, a pesar de las enormes dificultades que representa encontrar información sobre este tipo de migrantes, más allá de los que pudieron ser directamente entrevistados por la doctora Novelo. Éste fue uno de los retos más difíciles de vencer con los que ella, seguramente, se enfrentó. Sobre todo porque la preocupación que siempre ha manifestado en anteriores trabajos es la de conocer mejor la vida y vicisitudes de los trabajadores; en particular, esto es notorio en sus trabajos sobre la cultura obrera, temática en la que fue pionera dentro de la antropología mexicana. Verdadera vocación y compromiso con sentido de clase que no restan rigor a sus investigaciones, sino al contrario, han sido siempre los principios rectores de un enfoque crítico ante las visiones ideológicas o prejuiciadas sobre las clases subalternas.

En el libro se incluye el análisis de las estadísticas disponibles para la

primera mitad del siglo XX, las cuales “muestran movimientos de población donde destacan trabajadores en busca de trabajo en un sinnúmero de oficios y ocupaciones: hacendados, banqueros y empresarios en busca de ampliar sus negocios; exiliados políticos de todos los signos, negocios e intereses, perseguidos por la justicia mexicana; actores, artistas y deportistas; y, en algunas épocas, estudiantes y profesionistas que emigraron temporalmente para recibir entrenamiento académico y profesional. Hay también esposas e hijos que siguieron al marido y padre, servidumbre doméstica que acompañaba a la familia de los patrones y, como en todos los movimientos migratorios, aventureros queriendo cambiar de aires”.

Interesantes resultan, también, los apartados sobre las colonias yucateca y mexicana en Cuba y los lugares donde vivían los yucatecos, la emocionante recolección de historias “de personas de carne y hueso” entre los que se quedaron y los que sólo vivieron temporalmente en Cuba, sobresaliendo los relatos contados por músicos, médicos, deportistas y teatreros. Y, como dice la autora, “ni qué decir de los vínculos que se tejieron con la presencia del cine mexicano en Cuba”.

Aunque no es muy extensa, la muestra resulta muy representativa y de ella se desprenden algunas certezas, como, por ejemplo, que, en su mayoría, los migrantes temporales

iban a Cuba por razones de trabajo ya fuera artístico, deportivo, profesional o empresarial, lo que no descarta que también había viajes de visita de tipo familiar. Así, “los viajes para buscar trabajo en Cuba parecen responder a una costumbre de ciertos segmentos sociales que enviaban a sus jóvenes a iniciar su experiencia laboral fuera del país y si eran llevados ‘por sus parientes’ como dijo una entrevistada, que los ‘encargaban’ con alguien en Cuba, por lo tanto es posible que hayan existido, como en las migraciones actuales, redes de amigos y familiares en la isla que podrían recomendar a la persona buscadora de trabajo y quizá incluso darle albergue en las primeras etapas de su entrenamiento laboral”.

En las entrevistas queda muy claro, también, la gran influencia de la cinematografía mexicana en la población cubana, pues conocen prácticamente a todas las grandes figuras del cine de nuestro país en su etapa de oro, y, por supuesto, como lo señala acertadamente la doctora Novelo, “la huella mexicana más visible en Cuba es la música”. En la radio cubana se escucha todo tipo de música mexicana, además de que algunas estaciones de nuestro país se sintonizan en Cuba sin mayor problema, y no sólo en las ciudades, sino sobre todo en las zonas rurales.

“Aun en pequeños retazos —nos dice la autora—, las vidas de los yucatecos y los mexicanos que se quedaron en Cuba y los que iban por tempora-

das muestran la gran diversidad de un viejo intercambio social con Cuba a través de los procesos migratorios. Y no sólo eso, en música, teatro y béisbol hay influencias mutuas innegables y también es manifiesta la tendencia a formar familias mixtas”.

En el último capítulo, se muestran las semejanzas, diferencias e identidades que se ven reflejadas en los relatos de los migrantes. Toda una memoria colectiva desplegada en una etapa que abarca más o menos entre los años treinta y cincuenta del pasado siglo. “Los recuerdos de quienes vivieron en Cuba —señala la antropóloga— recrean con más o menos vivacidad la sociedad cubana anterior a la revolución socialista con el recuento de costumbres y prácticas sociales”. Así, en efecto, pasan revista frente a nosotros salones de baile, cabarets, teatros, circos, reuniones en tertulias, fiestas y verbenas en las descripciones que los migrantes hacen de la forma de ser y formas de vivir de los cubanos y de los yucatecos y mexicanos en Cuba. Llama la atención el que en las entrevistas no se mencionaran algunas cosas como la sexualidad o la infidelidad, que no se hablara de religiones afrocubanas ni de asuntos políticos; “probablemente —dice la autora— la autocensura jugó su parte”.

A la pregunta de Yucatán y Cuba ¿se parecen?, “las respuestas —se afirma en el texto— fluían subrayando las semejanzas, muchas francamente este-

reotipadas”. “Yo me doy cuenta —dice una entrevistada— que sí nos parecemos bastante, yo creo que porque estamos cerca y aquí [en Mérida] han hecho más contacto con cubanos que con otra gente”; aun así, no se señaló el uso común de la Ceiba como árbol sagrado, ni el uso de la hamaca o la guayabera, “prácticas que, seguramente, por sabidas ni se cuentan”. Y, más extraño aún, que no se señalara la diferencia entre el idioma que hablan los yucatecos y los cubanos. En fin, en algunos aspectos como la comida, las respuestas llegaban a ser contradictorias, pero lo importante es que tanto en la comida como en el habla se nota un intercambio y una neta apropiación cultural de algunos elementos de la cultura mexicana en el ser cotidiano cubano.

Quisiera terminar citando el último párrafo de las reflexiones finales de la autora sobre su trabajo: “Lo interesante del asunto —nos dice— y lo que la investigación sobre los yucatecos y mexicanos en Cuba puso de relieve, es que con todo y que pasaron muchos lustros para que la isla pudiera ser de nuevo visitada por los mexicanos en viajes turísticos, familiares, o de cooperación técnica y cultural, las huellas visibles de la presencia mexicana seguían tan campantes como siempre. Por lo menos hasta 1990-1991 que es cuando las entrevistas con yucatecos y mexicanos en Cuba tuvieron lugar y pude percibir, además de todas las huellas

objetivas, un sentimiento mutuo, yucateco-mexicano-cubano que reconoce la existencia de una historia larguísima de intercambios y se ufana de ella”.

En fin, no me resta sino invitarlos a que lean esta obra. Les aseguro que valdrá la pena.

J. Jesús María Serna Moreno
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe,
Universidad Nacional Autónoma
de México